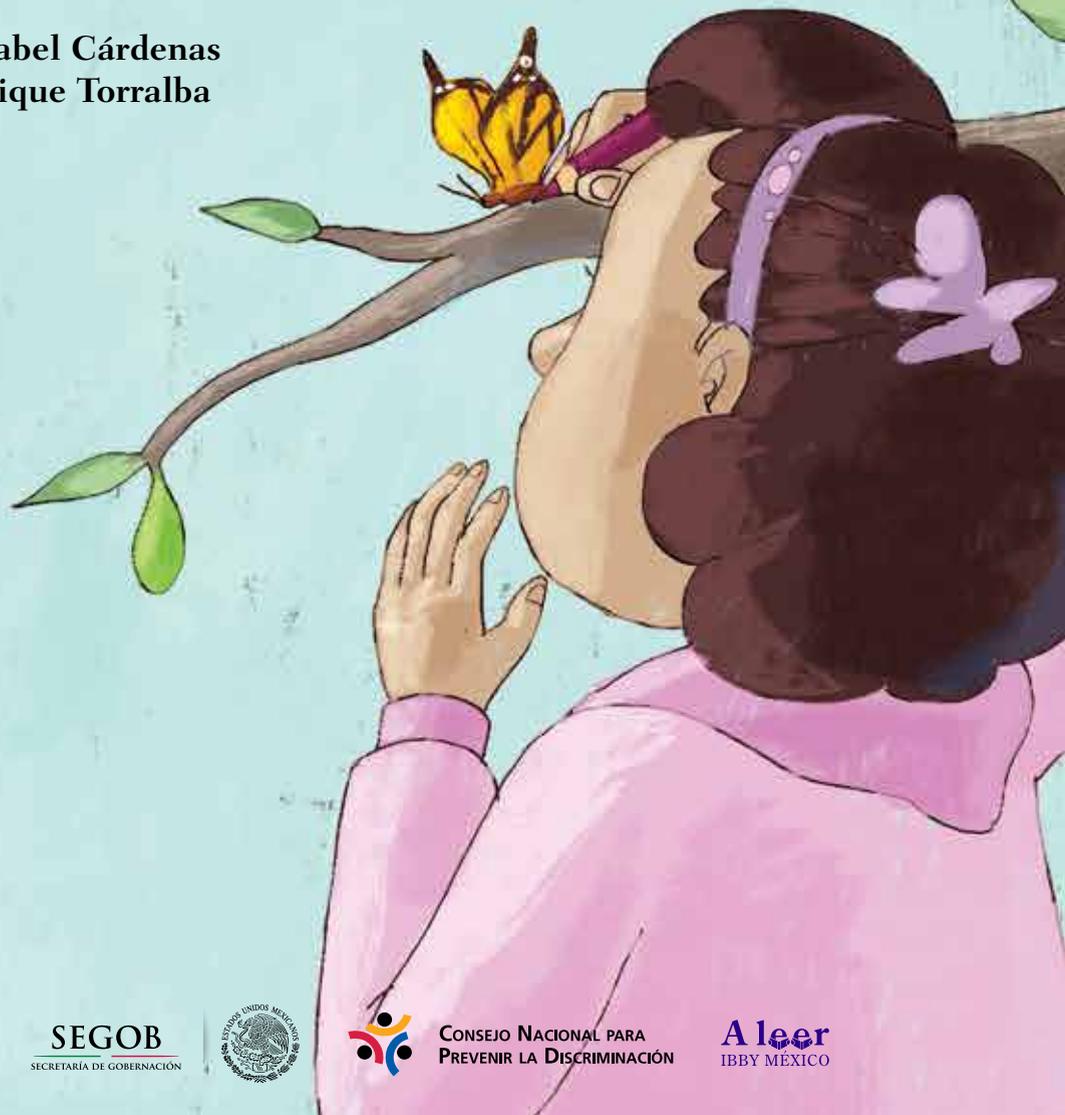


Aurelia y los colores

Versión literaria de **Isabel Cárdenas**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**



**Kipatla**
Para tratarnos igual

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Aleer
IBBY MÉXICO



Versión literaria: Isabel Cárdenas

Ilustración: Enrique Torralba

Argumento original: Isabel Cárdenas

Guion de la versión para televisión: Catalina López Vallejo,
para la Estación de Televisión XEIPN Canal Once del Distrito Federal.

Idea original de la colección: Nuria Gómez Benet

Este texto fue elaborado en el Taller literario coordinado por el Maestro Agustín Monsreal

Coordinación general: Alicia Molina Argudín

Coordinación editorial: Adriana González Méndez

Cuidado editorial:

Norma Romero Ibarrola

María Cristina Vargas de la Mora

Marta Llorens Fabregat

Felipe de Jesús Ávalos Gallegos

Carlos Sánchez Gutiérrez

Diseño y formación: Margarita Pizarro Ortega

Formación: Karla Ma. Estrada Hernández

Investigación de “Para que conozcas más...”:

Elizabeth López Arteaga

Patricia Montes Balderas

Primera edición: octubre de 2014

© 2014 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, col. Anzures,

del. Miguel Hidalgo,

11590, México, D. F.

www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para Tratarnos Igual)

ISBN: 978-607-8418-00-8 (Aurelia y los colores)

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido
en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

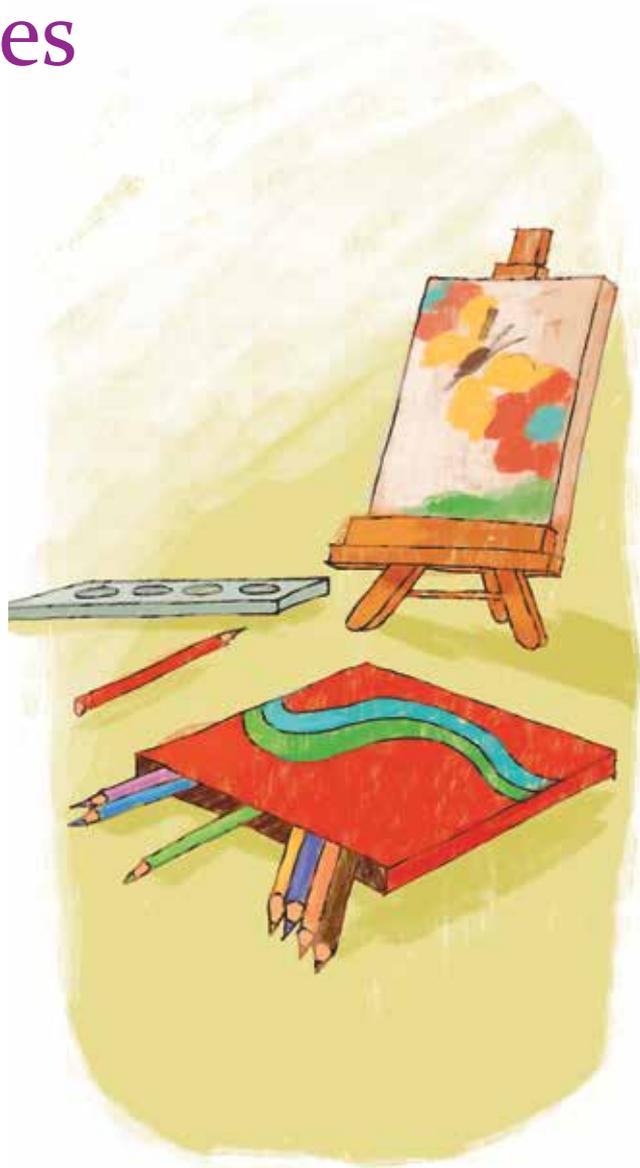
Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

Aurelia

y los colores

Versión literaria de **Isabel Cárdenas**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**







— ¡Mamá, despiértate! Quedamos de ir a desayunar hoy al café del parque y luego a buscar mariposas. Ya tengo lista mi red y todo el equipo. ¡Ándale!

Aurelia y Bárbara se prepararon para el paseo dominical. La niña se puso un vestido de colores brillantes y unas mallas rayadas que le regaló su tía Rebeca. En su cofre de tesoros guardaba broches, moños, ligas y accesorios, de ahí escogió una diadema morada para adornar su cabello rizado.

Las paredes de su cuarto estaban cubiertas con cuadros de paisajes y toda clase de bichos. La mayoría eran obra suya. Algunas veces pintaba con acuarelas, otras con óleo; hacía *collages* y utilizaba las técnicas que había aprendido en la clase de Arte, una de sus favoritas de la escuela. También le encantaba la de Ciencias Naturales, era una experta en insectos. Ella y su mejor amigo, Santiago, eran los primeros en presentarse con la tarea lista. En cambio, no

les importaba ser los últimos en llegar a la clase de Deportes; no es que no les gustara, pero preferían jugar solos que con los demás.

Cuando estuvieron listas para el paseo, Aurelia y su mamá caminaron de la mano a la cafetería. El dueño, don Héctor, las saludó, pues como iban tan seguido, ya las conocía. Sabía perfectamente lo que pedirían: a Bárbara le gustaba el café cargado y Aurelia siempre pedía una taza de espuma de

capuchino, molletes con mucho queso y un plato de fruta, de preferencia mango.

Luego de desayunar, enfilaron hacia el parque, fueron directo al área de juegos y Aurelia corrió a ganar un columpio. Lo suyo no era correr y a Bárbara le dio miedo que se tropezara, pero mejor no le dijo nada, pues cuando la trataba de proteger, Aurelia se enojaba y protestaba; decía que ya tenía ocho años, que se podía cuidar sola. Se subió a un columpio rojo y se mecía cada vez más alto, hasta que sintió que podía tocar los árboles y las nubes. Bárbara se sentó en una banca y pensó en su hermana Rebeca, a la que muy pronto irían a visitar a Kipatla,





cuando llegara el verano. Mientras, Aurelia siguió meciéndose, al tiempo que observaba las hojas de los árboles y las tonalidades del cielo.

—Mamá, ¿qué tal si ahora cazamos algún insecto con mi red de mariposas? ¡Vamos!

—Ándale pues, pero no me lo pongas tan cerca, a mí me dan horror. No entiendo por qué te gustan tanto los insectos y menos cómo puedes acercarte a esas arañas espantosas.

La maestra de Ciencias Naturales vio tan interesada a la niña en su clase, que le regaló un libro: *Bichos mexicanos*. A Aurelia le encantaba dibujarlos. Cada vez que iba a Kipatla, Paula le pedía que le contara de las mariposas monarca y de los escarabajos —le ha explicado que hay más de 35 500 especies en México—, y de las arañas, que aunque le daban horror, le apasionaba que su prima hablara de ellas y de todos los otros insectos que conocía muy bien.

Durante la cena, Aurelia y Bárbara platicaron sobre Kipatla, Rebeca, Paula y el próximo Curso de Verano. Al oír esas palabras, Aurelia puso cara de fuchi. Lo que le emocionaba era ver a su prima y se imaginaba que sería fantástico poder llevarse a Santiago en la maleta, o cuando menos encontrar un niño parecido a él, aunque sabía muy bien que Santiago era único y que ella tal vez podría vencer su timidez y hacer nuevos amigos.



De camino a la terminal de autobuses, Aurelia iba pensando en todas las cosas que tenía ganas de hacer con Paula, se sentía entusiasmada y al mismo tiempo nerviosa, ya que su prima era buenísima para la bici y el monopatín y ella, simplemente, no podía con ninguna de las dos.

Al llegar a la terminal, Aurelia se echó a correr y gritó:

—¡Mira, mamá, ése es nuestro autobús! Ahí dice “Kipatla”.

Siguió corriendo y tropezó, cayó al piso, pero se levantó inmediatamente, se sacudió las manos y, aunque su rodilla estaba un poco lastimada, caminó con paso firme. Le dijo a su mamá:

—¡No me pasó nada! ¡No pongas esa cara de preocupación!

Al subir al autobús, corrió a ganarle la ventana a su mamá y se rieron. Le encantaba ir junto a la ventana para poder observar lo que había afuera: las montañas, las nubes, los lagos secos que se veían al pasar y cómo el viento levantaba la tierra y formaba remolinos en el horizonte. En el camino platicaron mucho.

—Mamá, ¿sabías que las mariposas monarca recorren más de cinco mil kilómetros desde México hasta Canadá y que hay algunas que regresan al mismo bosque en el que nacieron sus ancestros?

—¿Todo eso lo aprendes en tu clase de Ciencias Naturales?





—Sí, y muchas otras cosas sobre bichos de todo tipo, desde chapulines, hormigas y alacranes, hasta criaturas de la noche, como los murciélagos, que tienen muy buena vista, pero no ven los colores. Todos son hermosos a su manera.

Al llegar a Kipatla, Aurelia se asomó por la ventana y vio a Paula y a Rebeca esperándolas en la estación. Se saludaron agitando la mano y, cuando el autobús paró, la niña corrió hacia su prima y se dieron un gran abrazo.

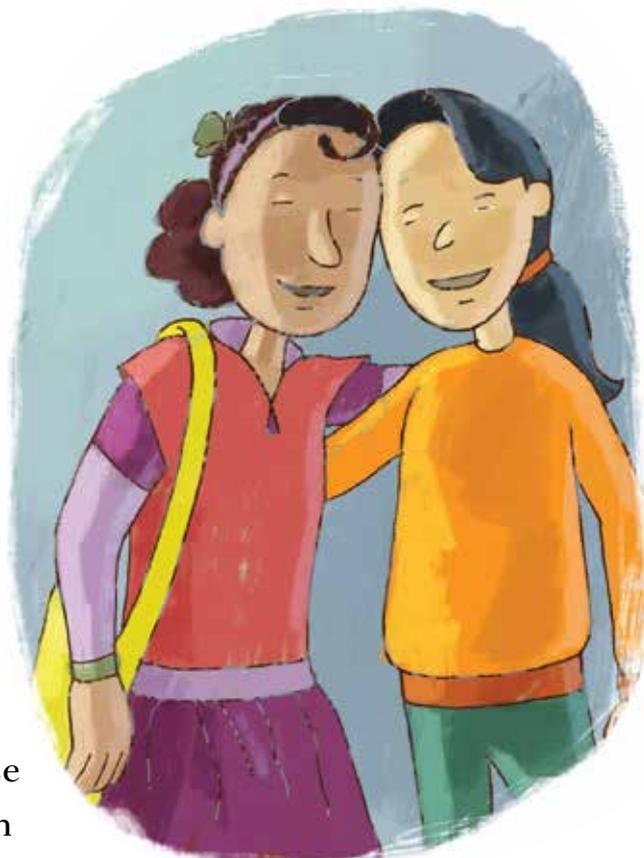
—¡Ya te extrañaba, Aurelia!

—¡Yo también! ¡Vamos a ensayar nuestro baile ahora!, ¿sí? ¡Traje el disco con las canciones que nos gustan, colores, acuarelas y plumones, un libro que está padrísimo y mi equipo para cazar insectos!

—¡Yo tengo un monopatín nuevo que te puedo prestar! ¡Nos la vamos a pasar súper bien! Además, vamos a ir al Curso de Verano, Auri.

—Sí... qué emoción —respondió Aurelia fingiendo.

Claro que no le gustaba nada la idea de ir al curso, es más, se moría de miedo. Cada año le sucedía lo mismo, aun cuando estaba encantada de ver a Paula y a Rebeca, le costaba mucho trabajo tratar a tantos niños y niñas desconocidos. Prefería jugar con su prima e ir a cazar bichos. Además, sabía que en Kipatla la clase de Educación Física y las competencias eran muy importantes. Por lo menos en su escuela tenía a su amigo Santiago, quien era la persona que mejor la conocía, eran cómplices de travesuras y juntos se defendían de los burlones.



El sol brillaba sobre Kipatla, la plaza se veía hermosa y los portales a su alrededor estaban repletos de gente. Las niñas iban cantando. Conforme se acercaban a la Casa de la Cultura, Aurelia se ponía más y más tensa. Se detuvo un momento y le dijo a Paula:



—Paula, y si no me la paso bien en el curso, ¿puedo dejar de ir?

—No te preocupes, Aurelia, este año la maestra Alicia organizó un Taller de Arte. Ya leí el programa y parece que estará muy divertido.

—Sí, ya sé que va a estar muy bueno, sólo que también hay deportes y los odio porque a veces no doy una y hay niños bastante pesados que se ríen de mí y no sé cómo reaccionar y...

—Vas a ver que la vamos a pasar súper —la interrumpió Paula—, el profesor es muy buena onda, se llama Aldo, y él no va a permitir que te molesten. ¡Ni yo tampoco!

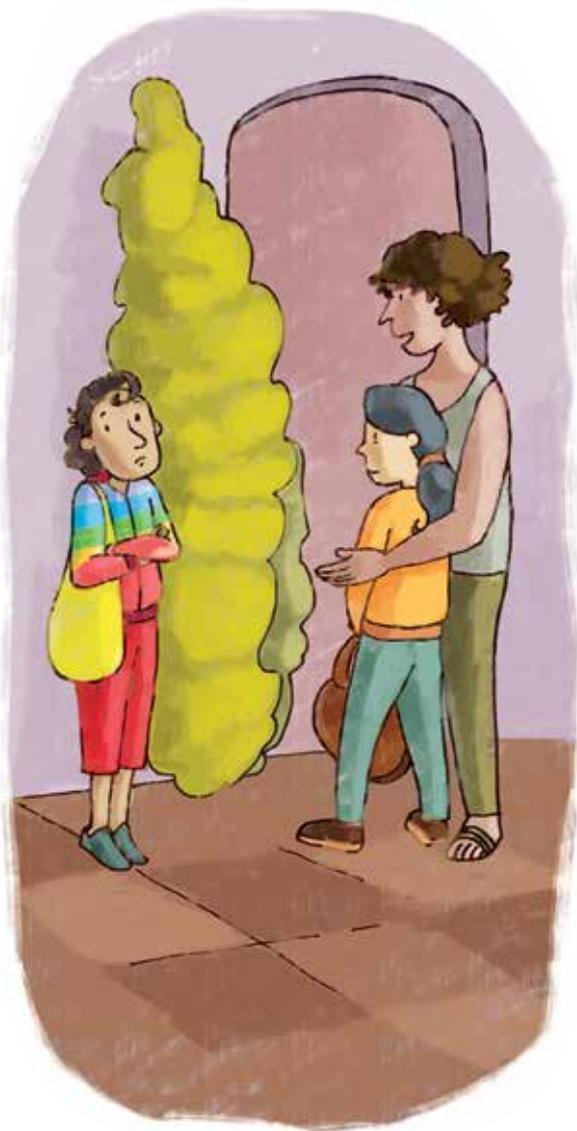
En la entrada de la Casa de la Cultura, Alicia recibía y saludaba a los niños y niñas. Paula se acercó y Aurelia se quedó unos pasos atrás, tratando de esconderse.

—Hola, Paula, ¿cómo estás? Ella debe ser tu prima. ¿Cómo estás, Aurelia?

—Bien, maestra.

—Paula me ha contado que te encanta dibujar y hacer manualidades. Este año tenemos un Taller de Artes Plásticas y habrá un concurso. ¿Quieres participar?

—¡Claro!



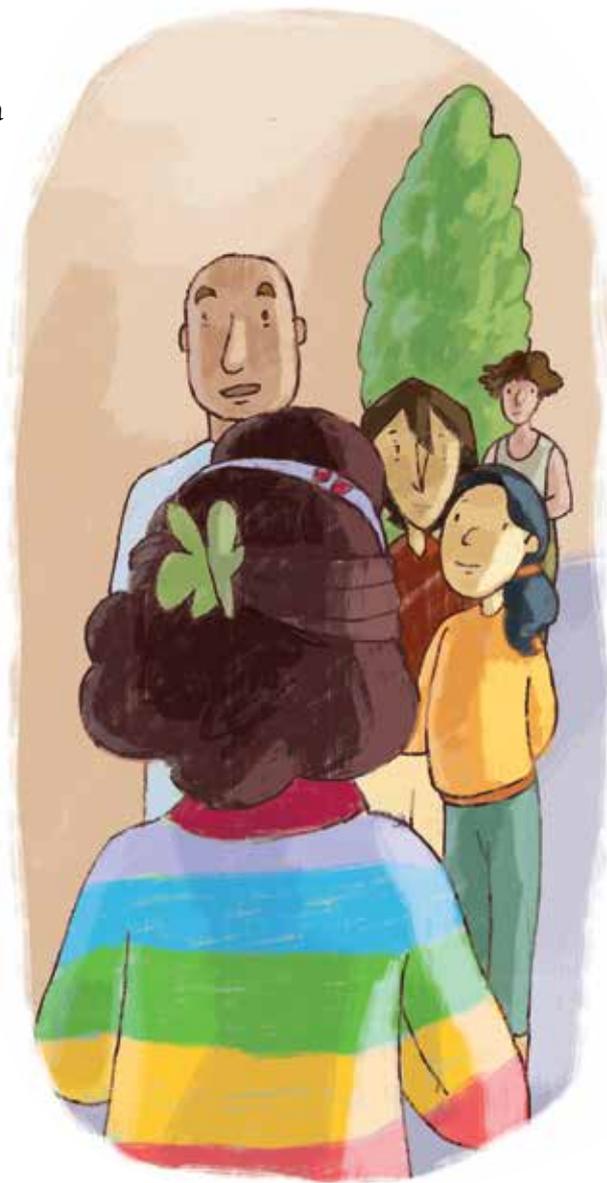
Había decidido no tener tanto miedo y esperarse a ver qué pasaba; aun así tenía un agujero en el estómago. En la mañana, escogió una blusa con un arcoíris, un mallón rojo y su diadema morada. El morado era su color favorito y le daba buena suerte. Sonó la campana, se reunieron en el patio y Alicia les presentó al maestro Aldo. Él les contó que ese año harían cosas diferentes y que lo importante no era ganar, sino divertirse y aprender a jugar en equipo. En el jardín, los niños corrían de un lado para otro. Aldo los llamó.

—Díganme, por favor, sus nombres. Vamos a hacer dos equipos de fútbol —incluso cuando trataba de parecer muy enérgico, se le desbordaba lo buena onda que era.

Se formaron todos, menos Aurelia. Aldo se acercó y le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no te formas?

La niña le dijo, no muy segura y agachando la cabeza:



—Prefiero irme al salón y hacer otra cosa, ¿puedo? Me duele un poco el pie.
No era cierto, Aurelia inventaba cualquier cosa para evitar participar.

—Bueno, si quieres no juegues hoy y, si se te antoja, mañana te unes al partido, ¿sale?

Se fue a un rincón del patio. Paula fue por ella y la convenció:

—No pasa nada, Aurelia, sólo tienes que jugar en equipo.

Paula abrazó a su prima y se integraron al partido.

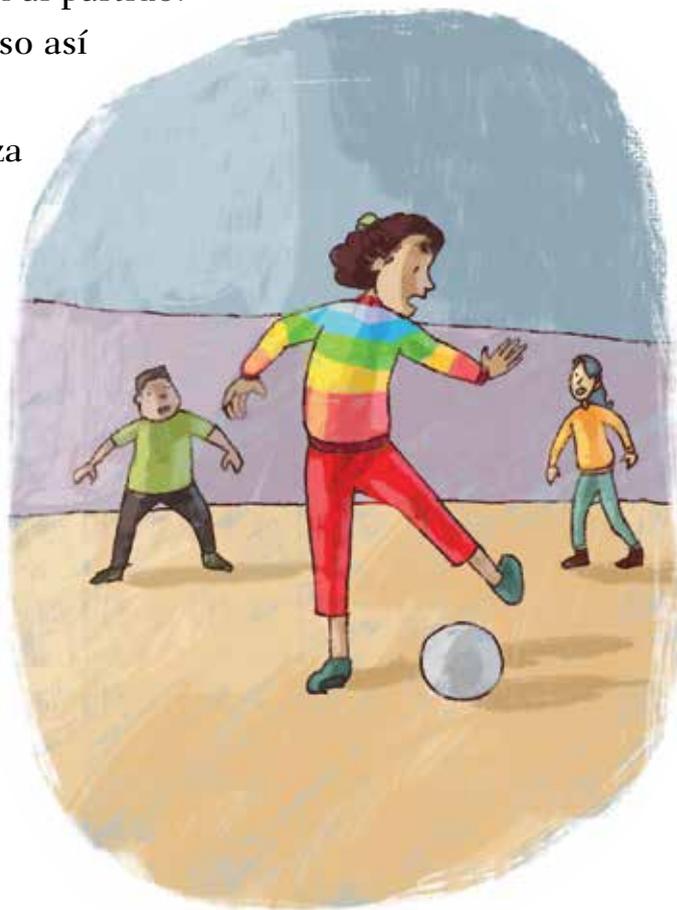
Aurelia no lograba darle a la pelota e incluso así se estaba divirtiendo, hasta que Toño y Daniel se dieron cuenta de su poca destreza y deliberadamente le tiraban el balón con todas sus fuerzas. Ella se hacía a un lado, asustada, y eso provocaba las carcajadas de Daniel y Toño, quienes le gritaban burlones:

—¡Pégale! ¿Qué no ves el balón?
¡Vamos a perder por tu culpa!

Después de un rato, las burlas contagiaron a todos, menos a Paula, quien los increpó enojada:

—¡Dejen de reírse de mi prima!
¡No todos somos buenos para el fútbol!

No les importó y siguieron riéndose. Aurelia corrió y se metió al salón. Estaba



apachurrada. Comenzó a dibujar apoyando fuertemente el lápiz sobre el papel. Esta vez su dibujo no era tan colorido, usaba tonos negros, grises y ocre. Poco a poco, se fue tranquilizando y los trazos se hicieron más suaves. Aunque no aparecieron los tonos brillantes con los que solía iluminar, su dibujo era bueno, simplemente no era alegre. Intentó buscar en su interior una forma de sentirse mejor y se acordó de Santiago: “Lo extraño tanto... Al menos tengo a Paula. Aunque yo quisiera saber defenderme sola”.

Por fin acabó el primer día del curso y sintió un alivio enorme. Las primas se encaminaron a su casa. Ahora no iban

cantando, se percibía algo raro en el ambiente. Paula iba pensando de qué manera podía ayudar a Aurelia sin quedar mal con los otros niños y ella se sentía tan afligida que no reparó en que había olvidado su diadema de la buena suerte en algún lado.

Durante la cena, Rebeca y Bárbara les preguntaron a las niñas sobre el primer día del curso. Aurelia se levantó abruptamente y se fue al cuarto de Paula, quien no supo si quedarse sentada o ir a buscarla; prefirió permanecer en la mesa y platicar lo que había ocurrido. Bárbara la tranquilizó:





—No te preocupes, Paula, a tu prima no le gusta que yo esté detrás de ella preguntándole si todo está bien.

Aurelia se sentó en la cama y sacó su libreta especial, en la que se desahogaba y dibujaba cuando estaba triste o cuando le sucedía algo bonito. No sabía qué escribir, estaba trabada, no encontraba la inspiración por ningún lado. Veía las paredes decoradas con bailarinas y animales de la selva. De pronto, se imaginó que Santiago llegaba y los dos enfrentaban a Toño y a Daniel. Pensó en Paula y en cuánto le incomodaba que la defendiera, aunque nunca se lo había dicho para no lastimarla. Cada vez que lo hacía, le daban ganas de gritar: “¡No me defiendas, yo puedo sola!”.

La voz no le salía, sólo cuando estaba con Santiago. De pronto, se imaginó que era una mariposa y desde el cielo veía Kipatla: a las personas, los perros, la plaza, la Casa de la Cultura, a Toño y Daniel. Los habitantes del pueblo se convertían en insectos, cada uno con una característica única. Aurelia estaba ensimismada imaginando “su Kipatla” y la dibujó. Pensaba: “Aurelia, tienes que idear una solución. Santiago no está aquí para defenderte y no debes sentirte mal por no ser buena para los deportes. En realidad, sí te divierten, sólo que te da pena y tienes miedo de que Daniel y Toño se burlen de ti”.

En ese momento, Paula entró al cuarto:

—¿Estás bien? ¿Qué haces? ¿Estás enojada porque los niños del curso se burlaron de ti? No te preocupes, mañana yo te ayudo a enfrentarlos.

—No, Paula, yo quiero aprender a hacerlo sola y no esconderme cuando me molesten otros niños, ser valiente.

El segundo día, Aurelia se veía contenta porque tocaba Taller de Artes Plásticas. En ese momento, se dio cuenta de que el día anterior había olvidado su diadema y se sintió como una mariposa sin alas. Al entrar a la Casa de la Cultura, le preguntó a la maestra si no la había visto o si alguien la había entregado. Nadie sabía nada. Niños y niñas platicaban y reían. Toño y Daniel no hacían caso y jugaban con su balón de fut. Alicia los llamó.

Ya en el salón, les explicó que ese año habría un concurso de arte con el tema “Cosas que me apasionan de la naturaleza”. Tendrían que hacer un trabajo con el material que quisieran. Al final del curso lo expondrían y votarían por el mejor. Aurelia se emocionó mucho. Paula no tanto, porque no era la mejor para esas actividades.

—Ya ves, Auri, no sólo hay deportes. Te dije que iba a haber una clase muy padre de arte. ¡Seguro que tú puedes ganar el concurso!



Aurelia pensó sobre qué tema haría su trabajo y luego luego vinieron a su mente los “bichos”, no sabía si hormigas, escarabajos, tarántulas... Lo bueno era que tenía su libro de animales y tiempo para escoger. Paula no tenía ni la menor idea. Toño y Daniel inmediatamente se voltearon para otro lado, estaban en el fondo del salón elucubrando la manera de que los sacaran. Toño intentó dibujar un cohete, que parecía todo menos eso. Daniel pintó algo que podría haber sido un gorila. Hicieron bolas de papel y se las aventaron a los niños. Una le cayó a la maestra, quien se puso fúrica y les advirtió que si no les interesaba la clase, no distrajeran a los demás. Lograron su objetivo: que los dejaran salir. Estaban felices en el jardín jugando a lanzarse el balón y se reían.

Aurelia recogió del piso las bolas de papel, se encontró con el “gorila” que había dibujado Daniel y sonrió. Fue en ese momento cuando cayó en la cuenta de que él y Toño no sabían dibujar y hacían todo ese alboroto para ocultarlo. Dijo para sus adentros: “¡Yo soy mejor que ellos en algo!”.

En el recreo, Aurelia les preguntó a los niños, uno por uno, si habían visto su diadema, pero nadie la recordaba. Cuando les preguntó a Toño y Daniel, le dijeron que sí —aunque no era cierto—, que pensaron que era basura, así que la habían tirado al terreno baldío. Ambos se alejaron riendo. Ella se quedó paralizada, sin poder reaccionar. Otra vez se fue a esconder al salón y empezó a dibujar: los colores eran sombríos. Paula vio lo que ocurrió. No quiso intervenir, porque Aurelia le había pedido que no lo hiciera y porque no quería que Toño y Daniel la agarraran contra ella o que las demás niñas la ignoraran. Se quedó saltando la cuerda.



Alicia se percató de lo que había sucedido, pues observó la escena desde un rincón del patio. Llamó a Toño y a Daniel, les pidió que dejaran de burlarse de sus compañeros y que los respetaran, les recordó lo que ya les había dicho en alguna ocasión: todos somos diferentes y nadie es perfecto. Luego, fue a buscar a Aurelia al salón.

—¿Qué pasa? ¿No quieres jugar con los demás? —le preguntó.

—No, maestra, prefiero dibujar. Estoy harta de que Toño y Daniel se burlen de mí.

—Puedes acudir a mí cuando este tipo de cosas sucedan. No te encierres, ven, yo te acompaño al patio.

—No, maestra, porque si usted va conmigo va a ser peor, se van a burlar todavía más. Van a decir que, además de que soy torpe para correr, no me sé defender y soy una llorona. Prefiero quedarme aquí un rato...

Alicia salió pensativa del salón y recordó lo que le habían dicho en un curso para maestros de primaria: en ese tipo de casos tenía que estar alerta y hablar con cada alumno por separado.

Debía intervenir sin que los niños dieran por hecho que Aurelia era incapaz de defenderse.



Pasaron varios días y el camino a la Casa de la Cultura se sentía cada vez más extraño. Paula y Aurelia ya no iban cantando, ni se tomaban de la mano. Los colores de la plaza habían desaparecido, por lo menos en la mente de Aurelia. Era como caminar en un terreno baldío, seco, sin vida, sin bichos ni plantas; nada, sólo un vacío. Ella imaginaba cómo sería contemplarse desde afuera, y se veía borrosa, parecía que estaba fuera de foco en una fotografía en blanco y negro. Las niñas no hablaban sobre la rareza del ambiente y el asunto de Toño y Daniel, sólo de cosas sin importancia:

—Mira, ahí va doña Balbina con sus gatos.

—Ah, sí... —contestaba Aurelia, sin voltear a verla.

—Y ahí va Roger con su cámara, la que era de su tío abuelo. Ojalá nos tome una foto juntas, ¿le decimos?

—Sí, claro...

—Oye, Paula, ¿y si me acompañas al terreno a buscar mi diadema morada? Toño y Daniel dijeron que la habían aventado ahí.

—¡Ay, no, prima! ¡Está lleno de arañas! ¡Creo que hasta hay víboras y alacranes! Además, si vamos, llegaríamos tarde al curso. ¡Córrele!

Otra vez tocaba clase de Artes Plásticas. Aurelia ya no se veía tan entusiasmada, su dibujo definitivamente era gris. Estaba tan triste y sin ganas de hacer nada, que se salió del salón y fue a buscar



su diadema al terreno baldío. Buscó y buscó, pero no la encontró; lo que sí halló fue una tarántula. Sacó de su mochila el frasco que siempre traía para atrapar insectos —claro, sólo lo hacía para observarlos un rato y luego los soltaba—, la metió en él y luego se le ocurrió ir a enseñársela a sus compañeros, para que vieran lo asombrosas y bonitas que son, aunque aparecieran en las películas de terror.

Llegó corriendo cuando ya todos estaban en el patio. Primero, se la enseñó a Paula, quien se asustó un poco, pero luego les gritó a sus amigas:

—¡Miren lo que encontró Aurelia! ¡Vengan!

Se acercaron con recelo a ver el frasco, aunque al notar que Aurelia estaba como si nada, preguntaron:

—¿No te dio miedo atraparla?

—No, yo sé mucho de arácnidos, algunos son peligrosos, pero ésta no. Se llama *Tlalueutl* en náhuatl y cuando se deja caer sobre la tierra suena como un tambor.

—¡Uy, qué horror! —exclamó Elda—. De todas formas me dan miedo.

—No crean que la agarré con la mano, pues las tarántulas cuando sienten peligro sueltan un polvito para ahuyentar al enemigo. ¡Vean qué colores tan brillantes! La gente piensa que son feas, y no, son impresionantes, pero también maravillosas, ¿no creen?

En ese instante, Daniel y Toño advirtieron que las niñas estaban junto a Aurelia y dijeron:

—Vamos a ver por qué están alrededor de la llorona esa. Seguro se cayó y están consolándola.





En cuanto llegaron, Aurelia les puso el frasco en la cara y dieron un brinco para atrás, aterrados, como si estuvieran viendo una película en tercera dimensión. Entonces, todas se rieron de ellos.

—¿No que muy valientes? ¿A poco les da miedo una arañita? Mi prima la atrapó en el terreno baldío, donde ustedes ni se atreven a entrar. Además, son unos mentirosos, la diadema no estaba ahí —les dijo Paula, entre risas.

Después de que se les pasó el susto, Toño y Daniel, le preguntaron con timidez:

—¿Cómo le hiciste para atraparla, Aurelia? ¿Es venenosa?

—Ésta no, pero sí hay otras que son tan fuertes y grandes que pueden exprimir a sus presas... Algunas amanecen cubiertas de rocío, parecen de seda; tienen ocho ojos y un hambre gigante. Ésas no me dan miedo. Nuestro país es el segundo con más especies de tarántulas del mundo.

—¡Órale, Aurelia! —dijo sorprendido Toño—. ¡No me imaginé que supieras tanto de tarántulas!

Así siguieron platicando los tres. Toño y Daniel le hacían más y más preguntas sobre los asombrosos insectos. Aurelia estaba feliz presumiéndoles todo lo que sabía. Mientras tanto, Alicia buscaba la diadema morada en los

rinconcitos de la escuela. Finalmente, dio con ella en el baño de niñas.

Inmediatamente se dirigió hacia Aurelia:

—¡Mira lo que encontré!

—¡Gracias, maestra! Ahora sí ya me voy a sentir más fuerte y no me va a importar si se burlan de mí. Esto es lo que me faltaba. Y claro, mi tarántula.

—¿Te has dado cuenta de lo bonito que dibujas? Eres especial, con o sin diadema, y tienes la fuerza dentro de ti para defenderte de los demás.



El penúltimo día del curso, la maestra Alicia les dio permiso a los niños y niñas de que salieran a jugar más temprano y les dijo que terminararan sus trabajos en casa, para exponerlos al día siguiente y votar. Salieron corriendo muy contentos, parecían caballos desbocados. Aurelia, que traía puestas sus alas imaginarias de mariposa, se sentía fuerte y segura de sí misma. No le importó saltar la cuerda



y no lograr más que dos brincos, ni que en el juego de “las traes” siempre la atraparan. Estuvo entretenida y se la pasó muy bien. Toño y Daniel ya no se burlaban de ella, pues habían quedado fascinados con la historias que les contó sobre los animales. Y si alguien se atrevía a reírse cuando no daba una, les decía:

—¡Acuérdense, todos somos diferentes! Quizá yo no sea buena para correr, ¿pero quién se atreve a atrapar una tarántula?

Se puso muy nerviosa al decirles eso, sin embargo, se sentía más fuerte que nunca y esta vez no se fue llorando a ningún rincón, ni se refugió en el salón de clases, ni esperó a que Paula la defendiera.

Así pasó el día y Aurelia regresó a la casa de su tía Rebeca. Se imaginaba que ella y Paula iban volando y veían todo desde el cielo, incluso vio a Daniel y Toño: eran unas palomillas y pensó que, aunque no fueran brillantes como las monarca, tampoco merecían que las trataran mal.

Esa noche, Aurelia se quedó despierta hasta muy tarde terminando su trabajo. No se lo enseñó a nadie, quería que fuera una sorpresa, incluso para Paula. Se encerró en el cuarto de costura de su tía Rebeca y, cuando la vencía el sueño, se echaba agua en la cara y seguía dibujando. Cuando terminó, estaba tan cansada que se quedó dormida en un sillón.

A la mañana siguiente, Paula fue a despertarla:

—¡Levántate, Aurelia! ¿Por qué te dormiste aquí? ¡Vente a desayunar, ya se nos hizo tarde!

—Ya voy...

—¿Me vas a dejar ver tu trabajo?

—No, es una sorpresa.

Se fueron corriendo tan rápido, que no les importó nada de lo que pasaba a su alrededor, iban “volando”. Fueron las últimas en llegar. Los niños y niñas ya estaban pegando sus trabajos en la pared del salón. Aurelia se subió en una escalerita, desplegó su largo rollo de papel y entonces apareció su hermoso trabajo. Las niñas que estaban cerca se quedaron admiradas. Elda fue la primera en decir:

—¡Está súper, Aurelia, qué bonito!

Por fin regresaron los colores a sus dibujos, eran igual o más brillantes que antes: anaranjado, amarillo, blanco y negro para los contornos de las magníficas mariposas monarca; nunca había dibujado unas tan bonitas. Algunas estaban



posadas en flores blancas y rosas de las plantas de algodoncillo, sobre las que nacen, y otras lucían en pleno vuelo. Se fueron acercando, uno por uno, los niños y las niñas, la maestra Alicia y el profesor Aldo. Paula, desde el fondo del salón, se sentía muy orgullosa de Aurelia, y contenta de verla resurgir y abrirse paso para convertirse en mariposa.

Se acordó de lo que una vez le había contado su prima: “Las mariposas monarca nacen en la época más cálida del año, nacen para volar”. Así, Aurelia levantó el vuelo.





Para que CONOZCAS más...

¿Sabías que en México convivimos muchos tipos de personas?

¿Te habías puesto a pensar que en México convivimos personas muy distintas? Tenemos diferentes rasgos físicos, como el color de los ojos, el tono de piel, la estatura y la compleción; y diversas actitudes, habilidades, sentimientos, creencias, tradiciones, etcétera. Ser diferente es ser único, sin embargo, pese a las diferencias, todas y todos somos iguales en dignidad y derechos, como lo establece la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Entonces, ¿por qué discriminamos a quienes son diferentes?

Cuando se rechaza sin una razón válida cualquier expresión diferente a lo que se considera como “normal”, se genera un trato de desprecio

inmerecido. Esto puede ser un reflejo del miedo a lo diferente, que es reforzado por prejuicios negativos. Por ejemplo, en el caso de Aurelia, lo que se consideraba “normal” era que todas y todos los integrantes del Curso de Verano tuvieran las destrezas necesarias para practicar cualquier deporte, por eso cuando Aurelia presentó una habilidad distinta fue tratada despectivamente por sus compañeros.

¿Por qué es importante valorar la diversidad?

Cada ser humano posee diversas habilidades y aptitudes, es decir, no existe un solo tipo de forma de ser o de actuar. Por ejemplo, hay niños y niñas a quienes les gusta leer, escribir y escuchar historias y poemas; otros son buenos para contar chistes; hay quienes prefieren los juegos con números, el ajedrez o las damas chinas; otros disfrutan practicar deportes, bailar o patinar; mientras que algunos prefieren tocar un instrumento musical o dibujar.

Todas las personas, sin excepción, tienen capacidades y habilidades que se complementan y enriquecen el entorno al que pertenecen. Cuando valoramos la diversidad como algo positivo, que enriquece la convivencia humana, podemos propiciar un ambiente de respeto, tolerancia e inclusión en nuestro entorno y en la sociedad. ¡Imagínate qué aburrido sería un

mundo en el que todas las personas fueran idénticas!

El *bullying* o acoso escolar y la discriminación

El *bullying* o acoso escolar es una forma de maltrato físico, psicológico o verbal que se da de manera reiterada entre compañeros y compañeras de escuela. No todos los tipos de *bullying* son formas de discriminación, pero sí existe una fuerte relación entre ambas conductas. Cuando este acoso o intimidación se dirige hacia un niño o niña por pertenecer a un grupo que es considerado como inferior por la sociedad, ya sea por su origen étnico, su tono de piel, su condición social, su preferencia sexual, su aspecto físico, sus creencias religiosas, por tener alguna discapacidad o sufrir alguna enfermedad estigmatizada, podemos decir que dicho acoso tiene raíces discriminatorias.

Por ejemplo, hablamos de *bullying* racista o xenófobo cuando se agrede a una persona por motivos raciales, como el color de su piel o ser indígena; el *bullying* clasista ocurre cuando se acosa a niños y niñas por ser pobres, y el *bullying* homofóbico se da cuando se maltrata a niños y niñas por no cumplir con la identidad o preferencia sexual predominante en la sociedad.

Las niñas y niños que padecen acoso escolar por motivos de discriminación pueden verse

privados del acceso a los servicios y cuidados básicos, así como del derecho a recibir una educación de buena calidad, en un ambiente seguro y libre de violencia.

Reflexiona y actúa...

¿Identificas cuáles son tus habilidades y fortalezas en comparación con las de tu grupo escolar y tus amistades? ¿Qué habilidad te distingue de otras personas de tu familia? ¿Consideras que la diversidad enriquece la escuela a la que asistes y la comunidad en la que vives? ¿Por qué?

Durante una semana, observa a tus compañeros y compañeras de clase, a tus amistades y a tu familia, e identifica en cada persona una habilidad o fortaleza. ¿En qué actividades se desempeñan mejor? ¿Quiénes sobresalen en actividades físicas? ¿Quiénes resuelven más rápido los problemas de matemáticas? ¿Quiénes leen y hablan más fluidamente? ¿Quiénes ayudan mejor a otras personas a resolver sus problemas emocionales? Anota tus observaciones en un cuaderno. Comenta con tus compañeras y compañeros de clase la importancia de valorar positivamente las diferencias personales y cómo esas diferencias no hacen menos valiosas a las personas.

¿Tú o alguien a quien conozcas han sido víctimas de algún tipo de *bullying*? ¿Cuáles son los

motivos por los que se presenta el *bullying* en tu escuela? Identifica si alguno de esos motivos están relacionados con algunas de las causas más frecuentes de la discriminación, como la apariencia física, la discapacidad o el lugar de procedencia.

¿Qué acciones crees que se podrían llevar a cabo en tu escuela para evitar el *bullying*? ¿Qué ventajas tendría que toda tu comunidad escolar pudiera disfrutar un ambiente libre de violencia y discriminación? Junto con tus compañeras y compañeros de clase, elabora un reglamento que se aplique a tu salón. Todos y todas tienen que dialogar sobre cuáles serán las reglas que deben seguir para que se sientan a gusto en el salón de clase y puedan trabajar en paz.

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para Tratarnos Igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

Aurelia y los colores
se terminó de imprimir en noviembre de 2014 en los
Talleres Gráficos de México, Canal del Norte 80,
col. Felipe Pescador, del. Cuauhtémoc,
C. P. 06280, México, D. F.

Se tiraron 10 000 ejemplares.

Aurelia es buenísima para dibujar y aprender todo lo relacionado con los insectos: su nombre, dónde viven, qué características tienen y hasta cómo reaccionan cuando sienten que están en peligro, pero no es hábil para los deportes y no disfruta mucho las actividades físicas. Esta situación ha generado diversas reacciones por parte de sus compañeros, la más común es la burla. Ahora que asiste al Curso de Verano con su prima Paula, deberá sortear nuevamente el rechazo, sin embargo, hallará una forma de demostrar que ella es una persona valiosa tal y como es.



SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO

EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida
su venta